LA ÚLTIMA
MUERTE
SANTIAGO ALMADA

©Santiago Almada

Diseño gráfico y diseño de portada: **Marianny Oller**

Fotografía: **Jorge Berigüete**

Este libro no puede reproducirse en todo ni en parte por ningún medio electrónico o mecánico sin permiso del autor.

ISBN: **978-9945-09-379-7**

Registro ONDA: **S100144/6/20**

Hecho el depósito legal correspondiente

Edición a cargo del autor

INTRODUCCIÓN

ASUNCIÓN, PARAGUAY,
MARTES 13 DE JULIO DE 1999

El frío del invierno del Hemisferio Sur creaba en esa ciudad un paisaje discordante con su carácter de rincón tropical y le daba a la calle Cerro Corá un aspecto de trozo de urbe europea, surcada por autos lujosos que contrastaban, sin embargo, con las bicicletas y las motos que circulaban a esa hora de la mañana en que el sol comienza a hacerse más intenso y todo se pone en movimiento.

El hombre que bajó de un taxi para turistas era alto, rubio, de ojos verdes, vestía una gruesa gabardina gris oscuro de lana sobre un traje azul marino, corbata roja, camisa blanca y llevaba un portafolios de ejecutivo. Traspuso la puerta del hotel Crown Plaza con paso seguro y se dirigió resueltamente al comedor, donde una pareja desayunaba tranquilamente en un rincón. Turistas brasileños que hablaban en un sonoro portugués, algunos europeos de cabezas amarillas, hombres de traje que reían estruendosamente mientras comentaban algunas noticias del diario ABC Color y empleados del hotel que recorrían de manera discreta las mesas conformaban el panorama que el visitante pudo abarcar al primer golpe de vista. Respondió a un saludo de dos hombres que bebían café en una de las mesas del centro de la estancia y, al llegar donde la pareja, estrechó la mano del hombre calvo y saludó a la joven que lo acompañaba con una inclinación de cabeza.

Cuando habló, su tonada asuncena se hizo evidente para el hombre calvo, que conocía el Paraguay a la perfección porque había vivido un tiempo en Ciudad del Este, un pueblo situado en la frontera con Brasil, y en Encarnación, otra ciudad paraguaya separada de Posadas, capital de la provincia argentina de Misiones, por un puente internacional.

-La situación está resuelta, señor, ayer pudimos finalmente contactar a la persona que nos habían recomendado aunque, desde luego que eso significó un esfuerzo adicional que...

-No se preocupe por eso, yo nunca le pedí presupuesto- interrumpió el otro.

El hombre comprendió que su cliente estaba apurado y abrió el maletín para sacar dos carpetas azules que el otro revisó con prolijidad.

-Está todo y todo está en orden, señor mío, puede tener la seguridad de que esos papeles están absolutamente en regla y le van a servir para viajar por todo el mundo, nuestra gente se encargó de que se cumplan las instrucciones que usted dio, así que solamente queda por resolver lo de...

-Cuánto- volvió a interrumpir el otro con el entrecejo fruncido.

-Son cinco mil adicionales, señor, como ya lo habíamos hablado.

El hombre asintió con la cabeza, metió una mano en un bolsillo del saco y extrajo un sobre de papel madera que el otro guardó con premura en su portafolio.

-¿Puedo hacer algo más por usted, señor?- preguntó después de revisar dentro del maletín el contenido del sobre, contó con rapidez los cincuenta billetes de cien dólares y los colocó en otro sobre, más pequeño y dejó sobre la mesa el de papel madera.

-Quiero dos pasajes y una reserva para Punta Cana, si es posible mañana mismo. No podemos quedarnos más tiempo en Asunción.

El hombre sacó un celular y marcó un número.

-Hola, Fermina, decile a la Gladys que me llame, y vos, llamá a la agencia de Estigarribia y reservame dos pasajes para Punta Cana, para mañana mismo decile... sí... que me tenga esa reserva ahí que yo paso esta tarde y liquidamos, decile... ajá... no eso dejalo nomás que yo lo arreglo más luego...

La muchacha, que no había abierto la boca hasta ese momento, le preguntó.

-¿No quiere desayunar?

-No, no, muchas gracias, muchas gracias, tengo mucho que hacer, nos vemos esta tarde aquí mismo, si le parece bien, desde luego...

El hombre asintió y el otro salió del lugar con paso apresurado.

La pareja subió a la habitación 524 A y, una vez adentro, después de poner la calefacción al máximo, el hombre desnudó a la muchacha con mucha delicadeza mientras ella se dejaba hacer, con una sonrisa que parecía pintada en su rostro. La penetró sobre uno de los mullidos sofás de la suite mientras ella mantenía las piernas en alto, en silencio, hasta que cuando el rostro de él comenzó a enrojecer, como si ella hubiera visto una señal demasiado clara, comenzó a gemir muy quedamente, casi como un ronroneo de gata mimosa, y él se vació de manera rápida y se sentó en el extremo del sofá con el pene flácido en la mano.

La muchacha caminó hacia el baño pero no se duchó, lavó su tanga en el lavabo y la colgó sobre la mampara de la ducha, se lavó el sexo con rapidez, se secó apresuradamente con una toalla y cuando salió del baño se acostó sobre la cama, desnuda como estaba, mientras el hombre hojeaba distraídamente un viejo ejemplar de la revista Paris Match que habían encontrado en la suite.

La chica encendió el televisor y buscó con el control hasta que se quedó con una vieja película de John Wayne. Se durmió enseguida, mientras el hombre se daba una ducha y se vestía con otro traje, esta vez de color marrón claro, después tomó una calculadora y comenzó a sumar números que tenía anotados en una libretita de tapas verdes.

La muchacha se arropó con el grueso acolchado de la cama y siguió durmiendo, despertó cerca del mediodía y preguntó con un bostezo

-¿Cómo me llamo yo ahora y cómo te llamás vos?

Pero el hombre no le contestó porque en ese momento sonó el teléfono de la habitación.

Capítulo 1

SANTO DOMINGO, JUEVES 24
DE MAYO DE 2012

Johanna Reyes terminó de diseñar el aviso publicitario del viernes de ofertas de vegetales de un supermercado y llamó a su jefe para que le diera un vistazo general, aunque él ya había hecho sus observaciones a la maqueta impresa. El hombre dijo que sí con la cabeza y la joven guardó todos los cambios, imprimió una copia en colores para el cliente y se la entregó a su jefe. En ese momento sonó su extensión.

-Dígame.

-¡Muchacha! ¡Tienes que venir! ¡Esto es grave, muy grave! Dice que se va a matar, tiene una pistola y está bebiendo en la puerta de tu departamento, está fumando...

-Pero doña Elena, no entiendo nada, ¿quién está bebiendo?

-¡Oh! ¿y quién va a ser? Tu amiga, la morenita esa, la que siempre viene en el jeep... pero ven rápido, muchacha, que no quiero llamar a la policía ¿oíste?

Johanna apagó su computadora, tomó su cartera, revisó que las llaves de su auto estuvieran ahí y bajó a la carrera la escalinata hacia el parqueo y condujo entre tapones por la avenida Bolívar hasta llegar al edificio de apartamentos en la calle Gaspar Polanco 23, donde vivía.

Cuando llegó a la quinta planta encontró a Fernanda, sentada en el piso, con los ojos vidriosos, tenía un cigarrillo de marihuana que estaba apagado, pero que ella insistía en fumar y le daba pitadas fuertes que alternaba con tragos de una petaca de strawberry. La falda cortísima de Fernanda dejaba ver una tanga negra, la camiseta de breteles finos estaba mojada de transpiración y también del licor que caía de su boca cada vez que se tomaba un trago.

-Hola, hola caracola, ¿quieres?- preguntó con la lengua pastosa y le ofreció la botella a Johanna.

La muchacha se sentó en cuclillas, extendió la mano como para agarrar la botella pero en realidad se apoderó de la pistola y la guardó en su cartera. En ese momento salió la vecina que la había llamado y Johanna le dio su cartera y la llave del departamento.

-Abra la puerta, doña Helena, y guárdeme la cartera- pidió mientras Fernanda comenzaba a llorar.

La ayudó a ponerse de pie y resistió con estoicismo el vaho a alcohol que salía de la boca de su amiga.

-¿Pero y qué fue, mi niña?

-Yo, yo... esta que está aquí... lo voy a matar, lo voy a matar, pero no lo voy a matar todo ¿oíste? Solamente un chin, para que sufra pero no se muera... eso... así... dame la pistola, manita, dámela, que está cargada...

Johanna la llevó hasta el baño, la sostuvo contra la pared de la ducha, forcejeó con ella mientras la escuchaba balbucear las mismas incoherencias de matarlo solamente un chin.

La vecina se acercó a curiosear mientras Johanna sujetaba a Fernanda bajo el chorro de la ducha.

-Doña Helena, prepare un vasito de agua, y échele sal fina...

-Pero...

-Apúrese, por favor, mi doña...

Entre las dos obligaron a la muchacha a beber el agua salada, la otra intentó escupir mientras balbuceaba que quería otro trago de tequila dulce... pasaron unos minutos y comenzó a temblar de frío. Las dos estaban mojadas. Hasta que de pronto Fernanda se arqueó un poco y soltó un chorro de líquido espeso que ensució sus calzados deportivos. Johanna la sostuvo hasta que terminó de vomitar. Después, cuando la hipotermia de la otra se hizo más notoria, la desnudaron, la envolvieron en una toalla y la llevaron a la cama. En pocos minutos Fernanda se quedó dormida.

Johanna se movió con rapidez, limpió todo, desapareció los restos del cigarrillo de marihuana y vació en el fregadero lo que quedaba del licor, se quitó la ropa mojada y llamó otra vez a doña Helena, que se había ido.

-Por favor, mi doña, vigílemela que se durmió mientras yo termino de limpiar.

Llamó a la farmacia y pidió que le mandaran analgésicos, después preparó café y puso la ropa de Fernanda y la suya en la lavadora, la centrifugó y la colgó en el pequeño tendal del balcón, y se sentó a beber su café con doña Helena.

-¿Vas a llamar a la familia? ¿Qué le habrá pasado a esta chica? ¿La habrán cancelado de su trabajo o tiene problemas con el novio tal vez?

-Vamos a tener que esperar a que despierte para saberlo.

-Cualquiera llama a la madre- sugirió la mujer.

-Ay no, mi doña, yo no llamo a nadie hasta saber por ella misma qué es lo que está pasando. Gracias por su ayuda, en serio, no sé qué hubiera hecho sin usted...

La mujer meneó la cabeza.

-Mira, niña, déjame darte un consejo... no te metas en problemas ajenos, está bien que ella es tu amiga y todo, pero esta chica te puede meter en problemas, dí tú que aquí arriba no hay nadie, pero mira si yo fuera otra y llamo a la policía...

-No, está bien, no se preocupe, todo va a estar bien...

Johanna buscó la pistola en su cartera, la guardó bajo llave en un cajón de su escritorio, después tomó el bolso de Fernanda y lo revisó. No había nada que no fuera lo que ella cargaba siempre; maquillaje, pintalabios, su monedero con sus tarjetas, cédula, carnet de su trabajo, algo de dinero, protectores femeninos, una fundita de polietileno enrollada y hecha un bodoque... Johanna la abrió y encontró algo que comenzó a darle una idea de por qué Fernanda se había emborrachado, se había fumado ese "porro" y había tomado esa pistola que era en realidad de don Guido... volvió a colocar el envoltorio como lo había encontrado y dejó la cartera de su amiga sobre la mesa del comedor, cerró la puerta del dormitorio y, después de recibir el pedido de la farmacia, se acomodó en el sofá y en pocos minutos se quedó dormida.

El aroma de café que la despertó la hizo saltar del sofá, pero se encontró con Fernanda, que estaba sobria y se veía tranquila.

-¿Quieres café?- preguntó la muchacha.

-¿Fernanda? ¿Qué pasó? ¿Por qué?

Un llanto suave, apagado, dibujó en las mejillas de Fernanda dos surcos brillantes.

-Es una historia demasiado larga, y demasiado retorcida también. No te la voy a contar. Bebe tu café antes que se enfríe, después me vas a acompañar a casa, vamos a devolverle la pistola a Papi, y necesito que me dejes quedarme contigo unos días, hasta que consiga casa, porque me voy a mudar. Te pido mil perdones por lo de anoche, te juro, manita por lo más sagrado que hay, que no va a volver a pasar, te lo prometo... vine aquí porque sabía que tú no ibas a permitir que yo hiciera nada... fue por eso que... pero ya... tengo que salir de esto... yo...

No pudo continuar hablando, estalló en un sollozo casi gutural, angustiado, como si algo o alguien muy importante para ella se hubiera muerto de manera súbita y dolorosa.

-¿Dónde está Sergio?

-No sé, y no voy a hablar más de él, nunca más, haz de cuenta que se murió, lo maté anoche, está muerto para siempre... ¿oíste? Y si te llama o te pregunta algo, dile que no sabes nada y que no puedes hacer nada, que yo te dije que si me entero que hablaste con él te voy a retirar mi amistad, que estoy demasiado enojada como para hablar con él y que no quiero saber nada de él, nunca más... eso es todo- baluceó entre estertores de llanto.

Johanna preparó tostadas, hizo un par de sándwiches de jamón y queso y sacó de la nevera una caja de jugo de melocotón, sirvió dos vasos con hielo, ambas desayunaron pero la aparente calma de Fernanda no la dejó tranquila en absoluto. Tenía que averiguar más, saber qué había sucedido entre su amiga y el novio, porque era evidente que se trataba de eso, una pelea de enamorados, pero entonces tuvo un estremecimiento cuando recordó el envoltorio que había visto en la cartera de Fernanda.

El celular de Johanna sonó en ese momento y la muchacha miró a Fernanda mientras respondía.

-Es tu mamá.

Fernanda tomó el móvil y respondió con firmeza.

-Hola mami, dormí en la casa de Yoni porque se me hizo tarde anoche, pero voy para allá enseguida... sí, llego antes que tú salgas...

Cuando le devolvió el celular a su amiga pidió:

-Préstame un felpón y un post-it... ah, y una de esas funditas de guardar comida que tú tienes.

Johanna le alcanzó las cosas que la joven pidió y, cuando leyó la frase que ella escribió terminó de entender de qué se trataba. La frase decía: "Le vas a decir que no me llame ni me moleste nunca más". Luego la vio sacar del envoltorio de su cartera una tanga mínima, un hilo dental con apenas un triangulito de tela con la figura de Bob Esponja y una colilla de un cigarrillo Virginia Slims que reconoció de una vez por la fragancia de flores que expedía cuando se quemaba.

Cuando se montaron en el auto de Johanna eran las seis y media de la mañana. Llegaron a la casona del matrimonio Ferrán-Campos antes de las siete. Fernanda buscó un llavero y entraron por la puerta de la cocina, subieron en puntas de pie una escalera alfombrada y entraron a una sala donde había dos puertas. Fernanda tanteó y abrió muy despacio una de las dos y entró casi agachada, colgó la funda en el picaporte del lado de adentro y la volvió a cerrar.

Salieron de la sala y caminaron hasta una escalera por la que se baja a un sótano, allí Fernanda dejó la pistola en un estante y volvieron a la enorme sala de abajo, antes de que terminaran de sentarse apareció la madre de Fernanda.

-Buen día doña Yuli, saludó Johanna.

-Buen día, chicas ¿ya bebieron café? ¿Qué hacen levantadas tan temprano?

-Pero mami, ya casi tenemos que ir a trabajar, y yo vine a hacer maletas... me voy a Puerto Plata, a cubrir un evento de esos...

La mujer la miró a la cara.

-¿Y a qué hora te vas?

Fernanda soportó esa mirada que era casi como un interrogatorio.

-Ahora, antes del mediodía, pero tengo que ir al periódico a subir unas notas.

Fernanda volvió de su cuarto con una enorme maleta mientras Johanna charlaba con la madre de su amiga. Ambas aceptaron un café a regañadientes y salieron de esa casa antes de las ocho de la mañana.

-Tenemos que hablar, Fernis, esto es más grave de lo que yo misma imaginé al principio. Estuve a punto de llamar a Sergio anoche pero me contuve porque... bueno porque tú viste que nunca me meto en las peleas de mis amigas con sus novios y porque... porque tú no eres así, tú no fumas yerba, tú no te emborrachas, tú no andas por ahí mostrando una pistola... ni te vas de tu casa así

como así con una mentira, Fer... tienes que decirme qué pasó para que yo pueda ayudarte...

Johanna vio cómo la calma aparente de Fernanda se hacía añicos nuevamente mientras la muchacha estallaba en el mismo sollozo casi gutural, como si se estuviera ahogando en un pozo de lodo.

-Yo... yo me quiero morir, manita... es eso... me quiero morir...

Johanna detuvo su auto en el parqueo del edificio donde estaba su apartamento y sintió sobre sus hombros el peso de una montaña. Fernanda estaba en verdad muy mal y ella todavía no lograba dilucidar la causa de ese estado.

Subieron al apartamento y Fernanda se quitó la ropa que su amiga había lavado la noche anterior para ponerse algo más cómodo, Johanna volvió a colar café, se sentaron en el piso del dormitorio.

Fernanda revisó su celular y lo dejó enseguida.

-Ayer... cuando salí del periódico, tú sabes lo liosa que soy con mis cosas, tenía que entregarle a mi jefe el guión para la entrevista del otro domingo, dicho sea de paso, déjame mandárselo- dijo y de su mochila sacó una minilaptop, la encendió, le conectó una USB y envió el archivo por correo electrónico.

-¿Qué pasó ayer?- insistió Johanna.

-Te decía que tenía que encontrar este jodido archivo del guión para una entrevista que va el otro domingo, se graba el viernes, pero mi jefe es tan jodón que lo quiere todo un mes antes si es posible, ese fatal...

Johanna bebió su último sorbo de café y permaneció en silencio, expectante.

-El miércoles a la noche fuimos con Sergio a cenar a la casa de sus padres, se hizo tarde, me quedé a dormir con él, tú sabes, revolviendo en la cartera en busca de un protector cuando me levanté para bañarme se me debe de haber caído esta memoria... lo llamé varias veces durante el día para que me la buscara pero no me respondía, entonces salgo del periódico y voy para allá, para

esa hora ya no está ninguna de las ayudantes de él en la oficinita del estudio, pero yo tengo llave de la casa, así que voy y cuando llego lo veo que baja poniéndose la camiseta, apuradísimo, que tiene que llevarle un DVD a un cliente y que ya está tarde y su auto está dañado... le digo ven, vamos, te llevo... y lo tuve que llevar hasta el hotel Jaragua, no le dije nada de que estaba segura de que se me había quedado esa memoria ahí, en su casa, porque él se enoja cada vez que se me pierden cosas de mi trabajo, tú sabes... así que fui, y cuando llego... entro al dormitorio de él y me tiro en el piso a buscar...

Un acceso de llanto interrumpió el hilo del relato, Johanna permaneció en silencio, esperó a que su amiga continuara.

-Encontré la memoria, la maldita memoria de la mierda, pero encontré también eso que tú viste esta mañana, esa colilla de Virginia Slim y ese hilo dental que fui yo quien se lo regaló a Ornella el año pasado, cuando ella se puso de novia con ese chico que le duró tan poco... la muy hija de puta, esa hija de la gran puta ¡Coño!

-Pero, pero, Ferni... ¿Cómo tú puedes estar tan segura de que eso es de tu hermana?

Fernanda tragó saliva, se sonó la nariz con un pañuelo que sacó de su cartera...

-Yoni, Yoni... si fuera de otra chica sería igual de grave, porque yo no le tolero cuernos a nadie, pero mi hermana, mi propia hermana, ¿Eh? Dime qué tú harías ¿Eh? ¿Cómo la miro a la cara? ¿Cómo puedo quedarme en esa casa? ¿Eh?

Johanna se movió, abrazó a su amiga y permanecieron ambas en silencio un rato, mientras la otra lloraba con un sollozo suave y sostenido...

-Lo que él hizo, eso de sacarme de la casa con la historia del cliente, eso fue un pretexto, fue para darle tiempo a ella de que se fuera. Se ve que ella se asustó tanto que salió de ahí apurada, tan apurada que se dejó el panty y ni se preocupó de quitar la colilla, total, que ni ella ni él se imaginarían que yo pasaría por ahí a buscar una

memoria... ¿te das cuenta, Yoni?

Johanna se sintió preocupada en ese momento. Tenía que ir a trabajar y eso significaba que tendría que dejar a su amiga sola en ese departamento...

Fernanda se puso de pie, fue al baño, se lavó la cara y comenzó a maquillarse.

-Mira, mi amor, vamos a tener que buscar ayuda, esto es más grave de lo que yo... es decir cuando vi eso que pusiste en la fundita yo... como que no me animé a creer que era lo que finalmente me dijiste... no puede ser posible...

Fernanda respiró hondo mientras ahogaba un impulso de llanto...

-Yoni, hermanita, yo me decía lo mismo ayer... imagínate... primero tuve ganas de prenderle fuego a ese departamento, después fui a casa y resulta que Ornella no estaba, mami como siempre en su maldito laboratorio y papi reunido con uno de sus clientes... por eso busqué la pistola, porque me iba a matar yo, y empecé a beber para agarrar valor, y compré esa yerba en un punto en El Manguito... di mil pesos para que me consiguieran esa vaina... y después vine a buscarte porque ya estaba muy borracha para manejar y... mira, tengo que ir a trabajar, voy a ir...

-No, Ferni, tú no puedes ir a trabajar con ese estado de ánimo, podrías cometer un error y... mira, mejor llama y di que no estás bien, que no te sientes bien... ven conmigo, yo tampoco voy a ir a trabajar, vamos a ver a alguien, vamos a buscar ayuda, mira, podríamos ir... no sé... tal vez la terapeuta que atiende a mami... pero ven, vamos, vamos...

Capítulo 2

SANTO DOMINGO, VIERNES 1
DE JUNIO DE 2012

-¿Por qué ahora?

La terapeuta era una mujer delgada y esbelta, sicóloga de profesión y especialista en conflictos familiares. Tenía ojos claros, pelo negro azabache y una simpatía natural que a Fernanda le cayó bien desde un principio. Pero no era fácil de convencer. Fernanda la veía como una especie de autoridad que podía derribar todo lo endeble que había en sus argumentos.

-¿Por qué ahora? ¿Por qué decides irte a vivir sola en un momento como éste? ¿Tienes miedo de enfrentar a tu hermana y decirle que lo sabes todo? ¿No te parece que estás castigando a tus padres con esta decisión?

Fernanda llegó a la conclusión de que en realidad no le interesaba nadie que no fuera ella misma y su propio dolor, pese a que Johanna se había portado maravillosamente y le había demostrado que era en realidad una buena amiga, mucho más que Amelie y Patty, sus ex compañeras de universidad con las que solía salir los sábados antes de ponerse de novia con Sergio.

-Es que me sofoca el solo hecho de pensar que en algún momento

me voy a encontrar con Ornella, no puedo quedarme en una casa donde las dos nos estamos acechando todo el tiempo para no cruzarnos, con mi mamá que ya se ha dado cuenta de lo que pasa porque Sergio ya no va por ahí, seguramente ya habló con él y sabe que estamos peleados, y no me ha preguntado nada porque no le he dado oportunidad... no, no puedo quedarme ahí, tengo que poner distancia, tengo que tener un lugar donde yo sea quien decida, tengo que lavar mi ropa, preparar mi comida...

-Ajá... pero te vas a ir como si estuvieras huyendo de algo, o más bien de alguien que te ha hecho un daño terrible, ¿pero tú crees que eres que tú la que se tiene que ir de tu casa?

-¡Oh! ¡Pero doctora! ¿Usted cree que mi hermana se va a ir de una casa donde lo tiene todo a la mano? Una mucama que le ordena su cuarto, le lava su ropa, se la plancha, una cocinera, una casa donde hay de todo y un sueldo que le queda libre porque papi jamás le aceptaría que ofrezca pagar nada, bueno, a mí tampoco, papi tiene mucho dinero, mami también, doctora, somos lo que se llama una familia de clase media alta, pero mi madre... si llegara saber de qué se trata armaría un escandalete que usted ni se imagina, las novelas de la tele quedarían chicas, mire... echaría a mi hermana de la casa, y después distribuiría las culpas como cuando hace sus análisis en el laboratorio, diría que la culpa es mía por haberme metido con un tiguere como Sergio, que se nota que no tiene valores de ninguna clase, diría que mi hermana no merece llevar el apellido Ferrán Campos y comenzaría con toda la cantinela de que en la familia jamás hubo un escándalo parecido... ay no, doctora, yo ya no estoy para aguantar esa vaina... necesito... tranquilidad... eso es... y en mi casa tengo todo menos eso...

-¿Y tú crees que postergar el lío que se va a armar con tus padres es una solución? ¿Tú crees que tu madre no se va a dar cuenta, tarde o temprano, de que el lío con tu novio involucra también a tu hermana? ¿Y qué piensas hacer cuando tu madre se entere y te pregunte?

Fernanda miró distraídamente los cuadros que adornaban el consultorio, una reproducción de una pintura de Van Gogh, un paisaje alpino, un adorno de cerámica...

-Bueno... no sé... ya se me ocurrirá algo, doctora, pero mientras tanto, la tensión que me da volver a casa todos los días es tan terrible que me enfermo de sólo pensar que tengo que regresar... y no puedo seguir inventándome viajes, ni que tengo que ir a cubrir tal o cual espectáculo... además ya alquilé un departamento... yo... tenía una plata ahorrada y... con eso di para el depósito y ya hice mis números... me mudo mañana, voy a aprovechar que mami y papi se van a un resort... después, veremos, doctora, una vez que el palo esté dado...

-Por lo que me has dicho de tu madre, tú y yo sabemos que ella te va a pedir explicaciones, ¿has pensado en lo que le vas a decir? Porque alguna explicación le vas a tener que dar...

-Doctora, soy mayor de edad ¿no es cierto?

-¿Y si eres mayor de edad, por qué te mudas en secreto, por qué no lo pones claro?

-Es que... no lo sé, doctora, tengo miedo de la reacción de mi madre más que nada, papi, a él no le va a importar demasiado, está tan ocupado con sus cosas que a veces paso semanas sin verlo, pero mami se va a poner hecha una furia, vamos a tener una pelea tremenda de las que hemos tenido cientos, miles, yo no quiero otra, yo no quiero una sola pelea más ¿me entiende usted, doctora?

La terapeuta miró el enorme reloj de pared, cerró su cuaderno de notas y dio por terminada la sesión.

-La semana que viene me gustaría hablar de esa relación con tu madre, pero seguramente vamos a tener que hablar del lío que se te va a armar cuando ella sepa que te mudaste entre gallos y medianoche...

La camioneta con el logo del periódico El Trópico se estacionó el sábado, poco antes del mediodía, en la acera de la enorme casa del matrimonio Ferrán Campos, en la calle Freddy Gatón Arce número 12. El chofer del periódico y el novio de Johanna ayudaron a Fernanda a cargar una cama metálica desarmada, varias cajas de plástico con su ropa, otras cinco cajas de cartón con sus libros y

papeles, una mochila alargada que utilizaba para sus actividades de senderismo, los bastones, y una caja de cartón en la que había ubicado la escasa vajilla que había comprado el día anterior. No había prácticamente nadie en la casa en ese momento, solamente el asombrado guardia de seguridad privada que no hizo preguntas pero, Fernanda lo sabía, apenas ella saliera de allí llamaría a su padre para avisarle de esa sorpresiva mudanza.

Cuando la camioneta llegó al número 125 de la calle Juan Isidro Ortega, en el sector Los Prados, Johanna ya tenía el piso limpio, y un amigo de su novio había colocado en el dormitorio las repisas y había armado una mesita de noche y una mesa redonda comprada en IKEA. Como si fueran empleados de una mueblería, se pusieron a trabajar y en menos de dos horas la cama estuvo armada, las cajas con la ropa colocadas en las repisas, el anafe de dos hornillas con su tubo de gas perfectamente instalado, y los cables que el novio de Johanna sugirió para lo que sería el sitio de trabajo de Fernanda, fueron puestos y probados y, antes de las cinco de la tarde, el grupo completo salió del departamentito ubicado en la tercera planta de esa casa y se dirigió a un McDonald's ubicado en la avenida Abraham Lincoln, donde Johanna bajó a la lap-top de Fernanda las casi cien fotos que tomó de todos y cada uno mientras ejecutaban sus tareas.

Fernanda vivía en ese momento una extraña dualidad, por un lado sentía miedo de todo lo que vendría a partir de ese momento, sobre todo al hecho de tener que regresar todos los días a un lugar donde nadie la esperaría, a un sitio donde no tendría ninguna de las mil comodidades y lujos a los que estaba acostumbrada en la casa de sus padres, y al mismo tiempo la embargaba una sensación de libertad semejante a la que sentía cuando escalaba los senderos entre los cerros de Jarabacoa o cuando llegaba sola en su jeep a la finca de su padre. Era una especie de euforia por el hecho de que a partir de ese momento ya no habría en el lugar donde pasaría sus días y sus noches ninguna presencia que representara autoridad y límites, “podré hacer lo que me venga en gana... eso es”...

Fernanda Edith Ferrán Campos tardó en dormirse esa noche en un espacio que le resultaba desconocido, demasiado estrecho en comparación con el cuarto que había abandonado y donde

había demasiados ruidos que le resultaban extraños. Sobre la madrugada, cuando el apagón trajo consigo una nube de mosquitos que zumbaban como una orquesta enloquecida y casi siniestra, se metió bajo la ducha, preparó café, se vistió con ropas de gimnasia y salió a caminar por esa calle solitaria. En la cercana avenida Kennedy, pese a que era domingo, comenzaba a despertar el estruendo del tránsito. Vio casas cerradas y silenciosas, algunos repartidores de periódicos en sus desvencijadas motos y un patrullero de la policía que pasó a su lado sin prestarle atención.

Cuando regresó a su cuarto la luz ya había vuelto, volvió a bañarse, trancó puertas y ventanas y se tiró en la cama, desnuda, puso música en su computadora y volvió a dormirse hasta cerca de las diez.

Fernanda Edith Ferrán Campos era hija de Guido Martín Ferrán Velárdez, prestigioso abogado, asesor financiero y dueño de un estudio contable impositivo con el que había acumulado una pequeña fortuna. La madre de Fernanda, Julissa Edith Campos Dipré, era hija única de un matrimonio de médicos, se había graduado de bioquímica a fines de los años setenta y se casó con el entonces joven y ambicioso abogado a principios de los 80, cuando aún no tenía 25 años y la pareja llevó una vida tranquila, muy activa en todos los órdenes, hasta que en 1986, después de varios tratamientos, Julissa se embarazó y dio a luz a una niña muy bella, parecida a ella en la piel blanca, el pelo castaño claro y los ojos almendrados, toda una muñequita a la que bautizaron Ornella Karina, por ser el primero el nombre de la cantante italiana favorita de su padre; Ornella Vanoni, y el segundo el nombre elegido por su madre. Ornella fue la mimada de sus abuelos maternos, que solían llevarla a su consultorio donde la ponían a jugar con los juguetes más caros que pudieran conseguirle y hasta llegaron a tener una niñera que se encargaba de atenderla mientras ambos recibían a sus pacientes en la consulta.

Ornella creció entre probetas y estetoscopios. Cajas vacías de medicamentos fueron sus juguetes favoritos. Fue una estudiante ejemplar, prolija en todos los órdenes, simpática y segura de sí misma, sus boletines de calificaciones estaban llenos de notas muy altas y su nombre jamás dejó de figurar en el cuadro de honor.

Nadie se asombró de que cuando terminara el bachillerato eligiera la carrera de medicina y se graduara en tiempo récord. A los 24 años Ornella tenía un diploma de médica cirujana, y a los 26 estaba terminando su especialidad en pediatría y esperando una beca para estudiar en la universidad de Yale. Ornella era una muchacha rellenita, de mejillas redondas y ojos transparentes, muy bella y atractiva y también muy seductora, aunque siempre hizo gala de una discreción que llegaba casi al misterio en sus amoríos. El primer muchacho que la familia recibió en su casa con la calidad de novio era un joven enfermero alto, elegante y atildado, que reía muy poco y era demasiado formal para el gusto de Fernanda. Se llamaba Fausto y aunque al principio le cayó muy bien a mamá Julissa, el noviazgo terminó abruptamente a los ocho meses de empezado, una noche en que Ornella se encontró de casualidad con un ex compañero de universidad y regresó a casa a las tres de la mañana, después de haber sido imposible hallarla en su celular y en los teléfonos de varias de sus amigas.

La regla que impuso entonces Julissa a sus dos hijas fue que no quería en casa visitas de novios formales si no existía un compromiso serio, a la antigua, y lo dijo en un discurso muy solemne, muy parecido al de una matrona de telenovela que hizo reír a Fernanda, pese a la reacción descompuesta de su madre.

Fernanda nació el domingo 28 de agosto de 1988, su piel rojiza reveló a sus abuelos maternos, los abuelos paternos ya habían fallecido para ese momento, que la nueva nieta sería una mulata, una “prietica” de ojos pardos oscuros, vivaces y de “moño malo”, como llaman las mujeres dominicanas a las negras de pelo rizado, aunque la cantidad de cabello azabache que cubría la cabecita de la niña presagiaba una negra melena leonina.

Cuando el abogado Guido Martín Ferrán Velárdez conquistó a la joven estudiante de bioquímica Julissa Edith Campos Dipré todos los que conocían a la familia Campos comentaron por lo bajo que “ese tíguere” había dado “un braguetazo”, lo que significaba que el joven de clase media baja, que apenas sí tenía recursos para malvivir mientras se graduaba en la Universidad Autónoma de Santo Domingo, había “pescado” una buena dote. Cuando Julissa y Guido se casaron a fines de 1981 él ya tenía trabajo en un estudio

jurídico, pero muy pronto se alejó de ese bufete donde tenía un altísimo sueldo y abrió su propia oficina donde comenzó a ofrecer asesoría financiera, contrató a dos contadores y comenzó a llevar la contabilidad de pequeños y medianos empresarios y muy pronto tomó otra decisión muy alocada y ambiciosa para esos años; invirtió todos sus ahorros y los de su esposa en acciones de una cadena hotelera que compró a precio muy bajo y vendió al poco tiempo cuando subieron algunos puntos. Con la ganancia obtenida compró un edificio a medio construir en un remate y lo vendió después, y desde ese momento su ojo clínico para los negocios y las inversiones le dio una fama que acrecentó su clientela, al punto que la asesoría financiera y de inversiones se convirtió en su principal fuente de ingresos y el estudio contable impositivo pasó a ser su caja chica.

Las ganancias de su esposo le permitieron a Julissa abrir su propio laboratorio de análisis, que a mediados de los noventa se convirtió en una franquicia que sumó varias sucursales autónomas en toda la ciudad, y el matrimonio Ferrán-Campos se transformó también en una productiva sociedad comercial con la que Julissa, Guido y sus hijas Ornella y Fernanda disfrutaron de un altísimo nivel de vida.

Fernanda no recordaría jamás, porque jamás existieron, diferencias ni contradicciones, ni siquiera discusiones en esa familia, sino más bien una armonía que a veces le parecía forzada, como la que se establece en una empresa donde las jerarquías están claras desde el principio y son inamovibles, y donde todo el mundo sabe lo que tiene que hacer y le esperan castigos terribles si no lo hace.

No existió jamás ninguna clase de competencia entre las hermanas y mamá Julissa, aconsejada por una de sus mejores amigas, que era psicóloga pediátrica y psicopedagoga, estableció desde el principio ámbitos perfectamente diferenciados para sus hijas. Ornella cursó la escuela primaria y el bachillerato en un lujoso y caro colegio privado de la avenida Sarasota, Fernanda en otro colegio igualmente lujoso y caro, situado en el céntrico sector de Piantini, ambos de formación bilingüe, ambos con clases de informática del más alto nivel, hasta que, cuando Ornella ya estaba en el segundo año del bachillerato y Fernanda en el octavo año de primaria, comenzaron a hacerse más notorias las preferencias diferentes entre las hermanas.

En esos años el abogado Guido Martín sufrió un preinfarto a causa de su gordura, su gusto por los dulces y el alcohol y su sedentarismo. El cardiólogo que lo atendió consiguió interesarlo enseguida en actividades al aire libre, le aconsejó caminatas y paseos matinales, y Guido se entusiasmó por la gimnasia liviana, por montar bicicleta en el parque Mirador Sur los sábados en la mañana, y después comenzó a interesarse en el senderismo y el turismo de aventura, una actividad en la que su esposa lo acompañaba muy de tanto en tanto y a regañadientes.

En cambio Fernanda, que era una excelente jugadora de voleibol y enamorada de la bicicleta de carrera, se convirtió en la cómplice de esas aventuras de su padre y antes de cumplir los quince años ya había subido con él al pico Duarte, una montaña situada en la Cordillera Central de la República Dominicana, de poco más de tres mil metros y la más alta de las Antillas Mayores.

En el otoño de 2005 Guido compró una finca a medio terminar situada en una zona de cerros de mediana altura a la que se llegaba por un camino de tierra y pedregullo, en los confines de Los Alcarrizos, y contrató a un grupo de haitianos que tardaron algo más de seis meses en convertirla en una casa de campo que a Fernanda le encantó.

La finca tenía una superficie de poco más de media hectárea, los haitianos sembraron algunos ficus y varios pinos de aguja y cipreses que con el paso del tiempo le darían el aspecto de un chalet alpino. La construcción tenía paredes de piedra en la planta baja pero la parte de arriba, donde había tres dormitorios y una enorme sala de estar con ventanales tan amplios que dejaban ver el verdor de las pequeñas sierras y las cuidadas y lujosas fincas vecinas, era totalmente de madera. Cada dormitorio tenía su propio baño privado, en la planta baja había una sala de estar con una pequeña biblioteca, televisor y equipo de música, más una cocina perfectamente equipada y una galería techada con tejas coloniales por la que se salía a un sendero cubierto de piedras que conducía a una piscina circular, junto a un quincho donde había una parrilla y, un poco más allá, los baños para visitantes y en el límite una pequeña casita de dos habitaciones, donde vivía un haitiano taciturno, solitario y tranquilo llamado Henry, al que había que avisar cada vez que se iba a ocupar la casa principal.

Henry era el encargado de mantener la casa en condiciones, cortaba el césped, las plantas florales que Julissa había ido sembrando y también cuidaba las tres parejas de pavos reales y al doberman que Guido había llevado a esa casa y que era el mimado de Fernanda.

Los que se lo habían recomendado a Guido decían que en realidad era hijo de hermanos, o que era el fruto de una relación entre una madre muy borracha y drogadicta y su hijo adolescente, pero nada de eso era posible de ser comprobado.

Guido le pagaba un sueldo mensual y le permitía usar todo lo que quedaba en la casa después de cada visita, le permitía también criar sus propias gallinas y algunos chivos, pero muy pronto Henry se convirtió también en cuidador de algunas fincas vecinas, algo que a Guido no le molestaba en absoluto.

Capítulo 3

SANTO DOMINGO. LUNES 4 DE JUNIO DE 2012

Fernanda se levantó antes de las seis de la mañana, se vistió con ropas de gimnasia y salió a caminar por la calle Juan Isidro Ortega, hizo un trotecito liviano y se alegró de que no hubiera prácticamente nadie en las callejas vecinas, cuando calculó que había pasado algo más de media hora regresó a su casa, hizo algunas flexiones de piernas, contó veinte abdominales, extrañó la bolsa de arena que había quedado en su casa y se dio una larga ducha. Como no tenía nada con qué prepararse un desayuno decidió que compraría frutas de camino a su trabajo, encendió su tableta y comprobó su estado financiero. De los casi doscientos mil pesos dominicanos que tenía en su cuenta de ahorro, poco más de cinco mil dólares, había gastado algo más de cincuenta mil en la mudanza. Necesitaba una nevera, una conexión a internet, un televisor, aunque después de pensar que podía conectarse con la lentísima velocidad de su celular y de que podía dedicarse a leer en lugar de ver tele concluyó que la nevera era lo más urgente.

Mientras se estaba duchando sonó su celular y vio una llamada de su padre. Va a volver a llamar, pensó mientras terminaba de secarse.

-Dime papi, ¿cómo les ha ido en el resort?

-Pedro me llamó de una vez el sábado y dí tú que tuve la suerte de que tu madre estaba en la piscina... todavía no sabe nada porque

no se lo he dicho, pero necesito, exijo una explicación ¿tú me entiendes?

-Está bien, papi, dime cuándo...

-Ve al mediodía por allá...

-Bueno... está bien... nos vemos entonces.

Por la ventana de la salita del departamento, que daba a la calle, vio que un hombre de estatura mediana se quitaba un casco y bajaba de una moto Aprilia que, al primer golpe de vista supo que había sido pintada a mano y tenía algunos detalles agregados, como dos espejos retrovisores y algunos adornos de bronce y de acero inoxidable, evidentemente artesanales. El hombre era delgado, vestía pantalones vaqueros, camisa de algodón de mangas cortas, llevaba guantes, calzados deportivos y tenía el pelo canoso recortado. Sólo en el momento en que lo vio levantar la cortina metálica del taller tomó conciencia de que, pese a que la celosía de su ventana estaba entreabierta, ella estaba totalmente desnuda. Mientras caminaba hacia su dormitorio alcanzó a ver el pequeño cartel metálico que tenía un logo muy ingenioso, la figura de un indio con el arco tensado sobre una roca en la que se leía Taller El Charrúa.

Fernanda se vistió con una falda azul acampanada, zapatos de taco chino, blusa blanca de mangas cortas, guardó en su mochila la pequeña cartera y decidió que llevaría en la mano la chaqueta azul que combinaba con la falda. Se montó en su jeep Wrangler Rubicón rojo, un vehículo que había comprado el año anterior, supuestamente a muy buen precio, pero en el que había gastado demasiado dinero porque tenía algunos problemas de los que se dio cuenta demasiado tarde.

Fernanda trabajó a toda velocidad en la actualización de sus páginas, editó un video que había hecho su jefe y escribió un breve artículo sobre la importancia del turismo en la temporada veraniega. Pero todos, hasta su compañera Yexenia, que era con la que peor se llevaba, se dieron cuenta de que esa muchacha tenía la mirada ausente esa mañana y era evidente que algo la tenía perturbada.